

Pierre Magnan

Trufas para el comisario

Traducción del francés de
Susana Prieto Mori

 Siruela

Nuevos Tiempos Policiaca

A mi amigo
Maurice Chevaly

—¡Vamos, Roseline! ¡Una más, anda! ¡Sácame otra!

Recostado, con una brizna de hierba entre los labios y la cabeza apoyada en una mano, Alyre Morelon adulaba a Roseline con la voz y con el gesto. Y Roseline le lamía la barba cariñosamente con su lengua, que despedía un intenso olor a trufa fresca. Soltaba al mismo tiempo cortos gruñidos satisfechos.

—¡Vamos, Roseline! ¡No seas tonta! ¡Solo una! ¡Me sacas una más y volvemos!

Sin embargo, Roseline se hacía de rogar. Le daba golpecitos persuasivos con la cabeza, como queriendo decir «¡Vamos, anda! ¡Vámonos! ¡Ya tienes bastante por hoy! ¡Comes más con los ojos que con la boca!».

Alyre contempló su cesta y suspiró. Contenía apenas cuatro kilos, y el corredor le había pedido diez para el sábado.

—¡Eres una vaga! —dijo—. Ya no te hablo.

Entonces se recostó del otro lado. En ese momento fue Roseline la que suspiró, a su manera. Husmeó un poco en torno al trufero en espiral. Era cosa muy poco habitual en medio de la trufera de robles jóvenes, un almendro con el tronco retorcido como si lo hubiesen escurrido las musculosas manos de una lavandera. Se encuentran en los parajes de los Bajos Alpes esa clase de troncos misteriosos con arrugas enroscadas, solidificadas en torno a su eje y que suben, como aspiradas por el cielo. La trufa

es caprichosa. Uno la espera al pie de un hermoso árbol joven sobre un suelo bien liso; sin embargo, ella no; ella lo espera a uno bajo el desmadre de maleza de un enebro nudoso o bajo un roble de doscientos años donde, por así decirlo, nunca se ha sacado una. La trufa espera... Espera cuando se tiene a una Roseline a su disposición.

—¡Cro!

Era la llamada. Una llamada inimitable. Más que un grito, una especie de leve chasquido. De un brinco, Alyre se abalanzó sobre ella, se agachó y metió la trufa en la cesta. No debía de pesar más de cincuenta gramos.

—¡Ah! ¡Preciosa! ¡Esta sí que es preciosa, señora, ¿sabe usted?!

Se arrodilló junto a ella, besó a la cerda en cada una de sus gruesas mejillas sedosas, y ella estaba tan contenta de complacerlo que lo embistió y rodaron los dos abrazados en un concierto de risas y gruñidos, sobre la bendición de aquel suelo grumoso, mitad aire mitad, tierra, que era su mina de oro.

—¡Roseline! ¡Ten cuidado, que me aplastas, malnacida!

Se levantó y cogió la cesta. El aire olía, a lo lejos, a sopa caliente. Era la hora. Bajaban humos del pueblo que invitaban al regreso.

Uno a la zaga de la otra volvieron a la linde del bosque de robles. La carretera blanca y desierta subía hacia Banon.

—Espera, Roseline, que te pongo el collar, no vaya a ser que los coches...

En realidad, aquel collar era una cinta rosa que adornó en su día la gran campana de chocolate que Alyre había regalado a su hijo cuando este tenía ocho años. Y aquel hijo, como Alyre, adoraba a Roseline, que pagaba por lo menos la mitad de sus estudios en París. Un día, en su dormitorio, desató del marco del espejo aquella cinta donde desde hacía tiempo retozaban las moscas y dijo a su padre: «Toma, pónsela al cuello... hasta que vuelva a verla».

Lo del collar, atado a una simple cuerda, no era más que un mero formalismo, pues Roseline, probablemente sabedora de su valor mercantil, no se aventuraba nunca más allá del arcén.

Nunca... Con todo, sin embargo, desde el verano anterior, a veces arremetía de pronto contra los robles o echaba a trotar derecha bajo los laureles. Y aquella tarde, precisamente...

—¡Roseline! ¡Estás loca! ¿Qué haces?

Acababa de arrancarle, de una brusca sacudida, la cuerda de entre las manos. Huía hacia allí, hacia aquel cúmulo de bronce líquido que relucía bajo el viento vespertino traqueteando como las lanzas de un ejército en marcha. Era un bosque de laureles. Se habían helado en el cincuenta y seis. Algunos habían vuelto a crecer desde la base, otros desde las ramas muertas. Todos esos rebrotes, tiesos como escobas, suben directos al cielo, pica contra pica, agitando los fúnebres cascabeles de sus frutos nocivos.

Alyre alcanzó a Roseline en el lindero. Se detuvo allí un segundo.

Como cada vez que se demoraba en la linde de aquel bosque de laureles, le parecía que el aire acarreaba alguna nueva rareza. También creyó ver que en lo profundo del bosque había un gran coche oscuro emboscado. ¿Qué estaba haciendo allí, lejos de todo camino transitable? Pero, en fin, si hubiera que «ofenderse» por todo...

Reemprendieron la marcha, tirando el uno de la otra, refunfuñando los dos. Alyre recogió su cosecha en el talud cubierto de hierba seca.

Para disipar la desagradable sensación que había roto su optimismo, ante el muro de laureles levantó la cesta para aspirar su perfume. Llevaba más de cuarenta años desenterrando trufas y aún no se había saciado de aquel aroma.

Nunca vendía las primeras de su cosecha. Pese a los gritos de Francine, las metía durante tres días en un tarro al vacío junto a seis huevos sacados del nido. Las trufas exudaban su olor a tra-

vés de los poros de la cáscara para impregnar la clara y la yema de los huevos. Se producía un sutil intercambio de unas a otros, hasta fundirse en una nueva naturaleza recién creada. Era una fiesta de olor y de sabor cuando aparecía la tortilla babosa sobre la mesa, una noche de viento, mientras los fogones te calentaban la espalda con su ruido de hervidor.

Roseline trotaba ya, al borde de la carretera, entre el polvo de aquel noviembre seco.

Roseline era la única cerda del cantón con posibilidades de morir de vieja. Sus enormes muslos nunca serían frotados con sal para impregnarse de salitre y convertirse en jamones. Nunca sería su grasa fundida sobre pan. Roseline era una de las escasísimas hembras que desenterraban las trufas sin comérselas, salvo evidentemente si se le ofrecía una como recompensa. Pero sin exagerar, so pena de echarle a perder el olfato, pues, así como un borracho es para siempre incapaz de distinguir un Château Latour de un Château Haut-Brion, Roseline, si se le consintieran demasiadas trufas, no tardaría en dejar de detectarlas bajo tierra.

Con la cabeza contorneada por la cinta rosa, Roseline trota hacia la porqueriza, donde la espera, caliente y con buen olor a siega de verano, esa mezcla de salvado y manzanas cocidas que es un manjar para cualquier cerdo del mundo.